

D O S S I E R

Una experiencia entre rejas

MARGALIDA GELABERT
Maestra y Psicomotricista.

CRISTINA RUBIO
Educatora Infantil, Enfermera y Psicomotricista.

Cada martes a las 17'15h se abre una barrera mecanizada, vigilada desde la oficina de control de la Unidad... Un montón de ojos abiertos, expresivos, unos cuerpos inquietos con deseos de expresar, sentir, vivir, y unas bocas sonrientes y expresivas gritan "psico, psico". Es el recibimiento semanal de nuestra sesión de psicomotricidad en la Unidad de Madres (UdM), Centro de Cumplimiento Penitenciario para Madres con Niñas y niños situado en Palma de Mallorca. Este proyecto surge tras la realización de un "Postgrado básico en Psicomotricidad" por parte de una trabajadora de la Unidad de Madres y de una voluntaria de dicha entidad (maestra y psicomotricista), que tras aunar una serie de criterios, empiezan a dar forma a las sesiones de psicomotricidad semanales. Comienzan con un grupo de niñas y niños previamente seleccionado, en un espacio poco adecuado para el fin que se perseguía y con un material algo escaso y

reciclado con ayuda de las madres de la unidad. La finalidad es la búsqueda de medios y maneras de facilitar la expresión de la emociones y del pensamiento; dotar de un lugar de ayuda al menor para hacer posible la representación, la comunicación de emociones y la resolución de conflictos, que de otra forma son incontenibles. Muchos son los instantes en que los pequeños de la Unidad de Madres permanecen juntos, ocupando un mismo espacio que no pertenece a ninguno; juguetes y juegos que compartir sin ninguna propiedad... Tan sólo un espacio y un tiempo... Sobre todo, un tiempo.

Pero a pesar de ciertas carencias que se hacen latentes en este espacio tan desconocido para la población en general, nos encontramos con niñas y niños muy sociables pero con problemas de relación en el grupo de iguales, siendo en ocasiones relaciones agresivas, al no tener las herramientas necesarias para resolver de forma idónea los conflictos que surgen.

Quizás todo ello venga generado por estar sometidos a una carga emocional intensa por parte de sus madres. Todas las alegrías, tristezas, frustraciones, etc., que tiene sus progenitoras, recaen de alguna manera en estas niñas y niños, que son, en la mayoría de los casos, la única figura a la que están vinculadas de manera emocional. Les imponen patrones consumistas, a veces motivados por el sentimiento de culpa que ellas tienen por haberlos arrastrado a esta situación y premiándoles, comprándoles todo lo que les piden de la manera que ellas pueden. En ocasiones, son utilizados como meros instrumentos para conseguir cosas en su propio beneficio.

D O S S I E R



Además les toca convivir en un lugar donde los horarios para entrar y salir, jugar, comer o permanecer en la casa, los imponen otros que ni siquiera son sus madres. Se ven sometidos por ellas a absurdas exigencias, dependiendo de las propias alianzas que establezcan con el resto de las compañeras. Sin embargo, las niñas y niños establecen lazos de unión entre ellos que van más allá de la propia amistad, creando vínculos de fraternidad.

En la UdM nos hemos encontrado con niñas y niños que presentan bloqueos en el ámbito cognitivo y muchos tienen dificultades en poner distancia a las emociones. Son menores que se mueven por el espacio de una manera agitada y tienen dificultades para pararse; muestran agitación motriz y son inestables, inhibidos, hiperactivos. Son menores que presentan conductas invasoras y que no pueden ritualizar sus relaciones. Presentan fragilidad emocional, relacional e intelectual, con dificultades para establecer relaciones entre las acciones que viven y sus pensa-

mientos. Generalmente no están suficientemente asegurados en cuanto a sus angustias, dificultando asumir un proceso de autonomía adecuado. Presentan relaciones tónico-emocionales muy frágiles en su interacción con el otro. Suelen ser muy inseguros; algunos, muy inhibidos y otros, muy agresivos. Suelen presentar ausencia o carencia de la vinculación materno-filial.

En resumen, presentan una falta de continuidad del pensamiento en cuanto a lo cognitivo, consecuencia de la falta de continuidad de la acción. Es una angustia excesiva que se presenta cuando la totalidad estructural está desorganizada.

Paso a paso entre estos muros

Desde el principio de las sesiones determinamos que las niñas y niños que asistirían a psicomotricidad serían los mayores de tres años, dado que era la población mayoritaria en aquel momento. Empezamos con un grupo inicial de 11 menores, que posteriormente se fue incrementando por necesidades de la Unidad y de los propias criaturas. Después se produjeron bajas debido al paso de algunas madres a la libertad condicional o definitiva.

Inicialmente empezamos en un espacio muy pequeño (aula de formación) y con material elaborado por las propias madres (cojines de espuma forrados, colchones y una rampa con una madera reciclada). El lugar era tan reducido que no permitía correr con libertad, sin que se produjeran choques o invasiones de los distintos espacios. La falta de espalderas no permitió el salto en profundidad y la irregularidad de los

D O S S I E R

cojines hacía que las construcciones cayeran dando lugar a cierta frustración en las niñas y niños. Tras nuestra experiencia en esta primera etapa, llegamos a la conclusión que la labor que se pretendía realizar dentro de la sala de psicomotricidad se vio muy limitada por la cantidad de niñas y niños, el espacio poco adecuado y el material ineficaz.

Posteriormente la institución nos cedió el gimnasio, contando con dos espalderas y mucho más espacio de juego y, a través de una aportación económica importante por parte de la Associació de Pràctica Psicomotriu de les Illes Balears (APPIB), se consiguió una cesión de diferentes materiales (estructuras de madera: tobogán, equilibrio, escalera, construcciones y cojines de diferentes colores), que permitieron crear un espacio mínimamente adecuado.

La reducción en el número de niñas y niños ha promovido el trabajo más individualizado, y una observación más directa de las características

y necesidades individuales de cada menor. Del mismo modo, la adecuación del espacio y de los materiales permiten una actuación más clara y concisa sobre la problemática de cada uno, dado que en un principio, debido al volumen de menores, nuestra actuación estaba más encauzada hacia los más movidos, disminuyendo las actuaciones directas con aquellos más inhibidos o que pasaban más desapercibidos.

Destacamos como lo más significativo la falta de límites claros que tenían y la manera de saltárselos continuamente, dando lugar a lo largo de las primeras sesiones a marcar constantemente las normas que rigen la sala. Cabe destacar que según hemos avanzado con las sesiones, se ha visto una evolución muy positiva en la dinámica general, iniciándose de manera espontánea juegos de grupo y respetando de forma más clara las normas establecidas.

Caminando hacia la libertad

Hay veces en que se acerca el momento de la marcha y que se nos hace partícipes de ese proceso. En otras ocasiones el momento de partir de la Unidad llega de manera inesperada, impredecible, y hace que no podamos trabajar con los niños y niñas ese cambio que se va a dar en su vida, y que supone una ruptura con el medio que conocen, para poder adentrarse en otro mundo quizás más abierto, pero más complicado por las repercusiones que en ellos tiene.

Siempre que nos es posible, trabajamos cada una de las bajas individualmente con las niñas y niños y sus madres. Invitar a la madre a ob-



D O S S I E R

servar una sesión, se convierte en un acto de cortesía, en el que la niña o niño decide si quiere o no hacer participe a su mamá de formar parte de una de las sesiones, de ese mundo que en un principio les está vetado. Nunca hemos obtenido una negativa: todos están deseando que llegue el momento en que sus madres puedan cruzar el umbral hacia la sala de psicomotricidad, para observar el juego de sus hijos y sus compañeros. Ellas tienen claro que no pueden intervenir y miran con curiosidad como se desarrollan las distintas escenas, en ese mínimo espacio de tiempo en el que pasan de ser las observadas para ser las observadoras.

La parte grata de estos momentos es poder compartir con ellas una reflexión, un gesto, una mirada e incluso un pensamiento, del que creemos que no son conscientes de todo el significado que lleva implícito. Quizás, porque en la mayoría de los casos son mujeres que han sido poco escu-



chadas, poco queridas e incluso poco valoradas. Todas esas frases, pensamientos en voz alta, son absorbidas por nosotras con gran respeto y con gran curiosidad, porque todas ellas marcan una forma de vivir la psicomotricidad en un breve instante, con una intensidad que nos emociona.

Algunas de las reflexiones de las madres después de la sesión:

“En el patio han aprendido a jugar así”.

“Aquí arriba son ellas”.

“Cuando mi hijo hacía las cosas (juego, movimiento) me miraba”.

“Aquí respetan el espacio de cada uno y abajo no (refiriéndose al patio comunitario)”.

“Mi hija tiene que ser niña ya que yo no lo fui”.

“Me han dado ideas para montar “psico” en mi casa”.

“Me gustaría que me hija defendiera su propio yo”.

“Al principio tenía miedo de que se lastimaran, me ahogaba estando sentada” (las madres solamente observaban, no podrán intervenir; generalmente los niños montaban su construcción al lado de su mamá y la invitaban a participar: “toma un café”, “mira la tele conmigo”).

“No sé por qué no lo hacen abajo, en el patio cuando juegan juntos”.

“Con cuatro cosillas hacen muchos juegos”.

“Me ha encantado verle abrazado con... (nombraba una pequeña de la unidad), porque abajo siempre le pega”.

“Nunca había visto a mi niño pedir perdón a...” (nombró a otra niña de la unidad).

D O S S I E R



La manifestación general de las madres cuyas hijas e hijos han asistido a psicomotricidad, ha sido muy positiva, informándonos sobre el entusiasmo con el que las niñas y niños esperaban la sesión y agradeciendo que el nivel de ansiedad y de conflictos de los menores en el patio hubiese disminuido desde que participaban en ellas.

Aunque las devoluciones a las madres han sido breves y muy limitadas por falta de tiempo, hemos intentado dar una respuesta clara a sus preocupaciones e inquietudes.

Cuando todo acaba y todo empieza

Podemos afirmar que son muchos los cambios que se dan en el día a día. Todos ellos conllevan una mejor adaptación al medio y un aumento del respeto hacia el otro y nos hacen ver que la psicomotricidad:

- Mejora las relaciones de los menores en el espacio de juego libre del que disponen en el centro.
- Mejora su capacidad para solucionar pequeños conflictos partiendo de los recursos aprendidos en las diferentes sesiones de psicomotricidad.
- Mejora las relaciones entre las madres.
- Conciencia a las madres de la evolución del menor, siempre desde el punto de vista conciliador, evolutivo, en el que se pone de manifiesto el vínculo materno-filial. Las madres se han manifestado más tranquilas hacia la conducta de sus hijas e hijos y la resolución de conflictos entre ellos ha mejorado.
- El placer que produce la participación de los menores en dicha actividad.
- Existe una valoración positiva a nivel relacional de los menores por parte de los diferentes profesionales que trabajan en los centros educativos a los que asisten los pequeños.

El camino recorrido junto a los pequeños y sus progenitoras nos hace valorar todos estos cambios. Porque es aquí donde acaba y comienza el trabajo de fortalecimiento de estas pequeñas personas y su enfrentamiento a la sociedad, que no será fácil en muchos casos, y que se extiende más allá de la barrera que se abre cada martes a las 17,15.